

2006-09-28Comentario

Queridos amigos:

Más de uno se ha preguntado si el escepticismo del Qohélet es compatible con la fe cristiana, con el anuncio entusiasta del Reino de Dios que viene; y la pregunta, ciertamente, no es sin fundamento. Pero no hemos de perder de vista, por un lado, que el Predicador es un israelita creyente, que entiende a Yahvé como la única roca de apoyo consistente, y , por otro, que también Jesús y sus seguidores relativizaron inmensamente mucho de lo que se vive por acá. Jesús de Nazaret se preguntaba de qué le vale al hombre ganar todo el mundo si acaba perdiéndose él (Mc 8,36); y Pablo de Tarso alertaba a sus fieles de Corinto de que la apariencia de este mundo pasa (1Cor 7,31), de modo que lo sensato es vivir en la provisoriedad, en el "como si no", sin hacer opciones definitivas por lo que es transitorio e inconsistente. Así han sabido hacerlo los espirituales de todas las épocas; así se lo planteaba Ignacio de Loyola a Francisco de Javier, según los conocidos versos de "El divino impaciente":

(Javier) No vive, Ignacio, infecundo
quien busca fama.

(Ignacio) ¡Qué abismo
disimulado y profundo!

¿Qué importa ganar el mundo
si te pierdes a ti mismo?

El Eclesiastés cumple su papel en el conjunto de la Biblia; como libro separado, ni éste ni ningún otro poseería un mensaje vinculante.

El texto de Lucas sobre los cuestionamientos de Herodes acerca de Jesús nos pone en el ambiente de su predicación y actuación profética. Los rumores que sobre él se van extendiendo, que volvemos a encontrar con motivo de la confesión de Pedro (¿"quién dice la gente que soy yo?") nos hablan de la gran resonancia y las expectativas que el carpintero de Galilea suscitó con su extraño género de vida y su profetismo radical. Compararle con Elías supone verle introduciendo el final de los tiempos. Parangonarle con el Bautista es subrayar la radicalidad de su mensaje y la libertad de pronunciarlo ante los poderosos. Pero, como nos mostrará el mismo Lucas en la historia de la pasión, Herodes es simplemente un frívolo que sólo busca espectáculo; y Jesús no está dispuesto a transigir, no le dirige ni una palabra. Sólo la tiene para quien está dispuesto a dejarse interpelar, a cambiar el corazón, a entrar en una época nueva, en un "fin del mundo". El evangelista Lucas, ciertamente interesado por la historia, no quiere hacer de Jesús un objeto de curiosidad histórica para su comunidad, sino el Mesías permanentemente presente en ella, orientador y vitalizador de los suyos.

Vuestro amigo,
Severiano Blanco, cmf